

VII

El cofrecillo

El señor de Taverney no tuvo que aguardar largo tiempo, pues habiendo pedido Richelieu al ayuda de cámara de S. M. lo que el rey había dejado sobre su mesa de tocador, salió al punto con un objeto que Taverney no pudo distinguir entonces á causa de su cubierta de seda.

Pero el mariscal sacó á su amigo de dudas, llevándosele hacia la galería, en donde le dijo así que se vio solo con él:

— Barón, ¿me parece que algunas veces has dudado de mi amistad?

— Pero no he dudado desde nuestra reconciliación, replicó Taverney.

— ¿Pero has dudado de tu fortuna y de la de tus hijos?

— ¡Oh! en cuanto á eso, cierto es.

— Pues bien, no tenías razón. Tu fortuna y la de tus hijos se va haciendo con una rapidez que debiera desvanecerte.

— ¡Bah! dijo Taverney entreviendo parte de la verdad, pero guardándose bien del diablo, cuando no se había entregado á Dios. ¿Y de qué modo se hacen pronto la fortuna de mis hijos?

— Tenemos ya á Felipe de capitán al frente de una compañía pagada por el rey.

— ¡Oh! eso es muy cierto... y te lo debo á ti.
— De ninguna manera. Luego, vamos á ver á la señorita de Taverney quizá marquesa.....

— ¡Dejémonos de bromas! exclamó Taverney.
¡Cómo! ¿mi hija....

— Escucha, Taverney, el rey tiene mucho gusto; la hermosura, la gracia y la virtud encantan á S. M. cuando esas prendas están acompañadas del talento... Y como la señorita de Taverney las tiene todas en un grado eminente... el rey está encantado de ella.

— Duque, replicó Taverney tomando aire de dignidad más que grotesco para el mariscal, ¿qué entiendes tú por *encantado*?

Richelieu no era amigo de pretensiones, y replicó con sequedad á su amigo.

— Barón, yo no soy fuerte en lingüística, y aun sé muy poco de ortografía. Para mí, encantado ha significado siempre contento en extremo, y nada más. Si tú sientes en extremo el ver á tu rey contento con la hermosura y con el talento de tus hijos, no tienes más que decírmelo... y vuelvo corriendo al lado de S. M.

Y Richelieu giró sobre sus talones con la ligereza de un joven.

— Duque, no me has comprendido bien, exclamó el barón deteniéndole. ¡Caramba!

— ¿Por qué me dices que no estás contento?

— ¡Eh! no he dicho eso.

— Sí, pero me pides que haga comentarios sobre el gusto del rey... ¡Vaya una tontería!

— Te vuelvo á decir que ni siquiera he abierto la boca para eso. Estoy contento, sí, muy contento.

— ¡Ah! tú... y entonces ¿quién es el que está descontento! ¿Tu hija?

— ¡Eh! eh!

— Querido, á tu hija la has criado á lo salvaje, que es lo que tú eres.

— Querido, la señorita mi hija se ha educado por sí, pues bien comprenderás que no era cosa de ir á extenuarme en educarla... Bastante tenía con vivir en mi agujero de Taverney; de suerte que la virtud ha despuntado en ella por sí sola.

— ¡Y luego dicen que la gente del campo sabe arrancar la mala hierba! En una palabra, tu hija es una gazmoña.

— Te engañas, es una paloma.

Richelieu hizo una mueca.

— Pues trabajo le mando si ha de encontrar un marido, porque con ese defecto no se le presentarán muy buenas ocasiones de hacer fortuna.

Taverney miró al duque con inquietud, y éste continuó:

— Afortunadamente para ella, el rey está tan perdidamente enamorado de la Dubarry que nunca fijará la atención seriamente en otra.

La inquietud de Taverney se convirtió en angustia.

— Así, pues, prosiguió diciendo Richelieu, podéis tranquilizaros tú y tu hija; voy á hacer á S. M. las objeciones necesarias; y el rey no volverá á ocuparse de vosotros para nada.

— ¡Y para qué se ha de ocupar? ¡buen Dios! exclamó Taverney poniéndose pálido y sacudiendo el brazo de su amigo.

— Para hacer un regalo á la señorita Andrea, mi querido barón.

— ¡Un regalo!... ¡y qué es? dijo Taverney lleno de codicia y esperanza.

— ¡Oh! una bagatela, respondió Richelieu con indolencia; esto, míralo. ...

Y sacó un cofrecito de debajo del paño de seda.

— ¡Un cofrecito!

— Una miseria... un collar que valdrá algunos miles de libras, y que S. M., contento de haberla oído cantar su canción favorita, quisiera que aceptara la cantante. Esto está muy en el orden; mas supuesto que tu hija se asusta, no hablemos más de ello.

— ¡Pero no ves, duque, que eso sería ofender al rey?

— Es claro que sería ofenderle, ¿pero no es propio acaso de la virtud ofender siempre á alguna cosa ó persona?

— En fin, duque, piénsalo bien, dijo Taverney, pues la chica no es tan irracional como todo eso.

— ¿Es decir que eres tú y no la chica quien habla?

— ¡Oh! pero yo sé muy bien lo que ella hará y dirá.

— ¡Qué felices son los chinos! dijo Richelieu.

— ¿Por qué? preguntó Taverney estupefacto.

— Porque en su país hay muchos canales y ríos.

— Duque, veo que mudas de conversación; no hagas que me desespere, y háblame.

— Ya te hablo, barón, y en manera alguna mudo de conversación.

— ¿Entonces por qué me hablas de los chinos, ni qué relación tienen sus ríos con mi hija?

— Una muy grande... Te decía que los chinos tienen la dicha de poder ahogar, sin que nadie les diga nada, á las hijas que son demasiado virtuosas.

— Vamos, duque, dijo Taverney, es preciso ser justos. Supón que tú tuvieses una hija.

— ¡Pues no la tengo, voto al diablo! Y por cierto que si vinieran á decirme que es demasiado virtuosa, la tendría por muy mala.

— En fin, tú quisieras que fuera de otra manera, ¿no es verdad?

— ¡ Oh ! yo no me cuidó de lo que son mis hijos cuando han pasado de ocho años.

— Pues óyeme á lo menos. Si el rey me encargase de ofrecer un collar á tu hija, y tu hija se quejase á tí, ¿ qué dirías ?

— Amigo mío, déjate de comparaciones. Yo he vivido siempre en la corte, y tú como un hurón, y no caben comparaciones, pues lo que es virtud para tí, para mí es majadería : y nada tan pobre, sábelo para tu gobierno, como decir á la gente : ¿ Qué haríais en esta ó la otra ocasión ? Y luego te engañas en tus comparaciones, querido amigo, porque aquí no se trata de que vaya yo á ofrecer un collar á tu hija.

— Tú me lo has dicho.

— Yo no he dicho una palabra. Sólo te he dicho que el rey me había mandado tomar en su aposento un cofrecillo para la señorita de Taverney, cuya voz le ha agradado, pero no he mentado siquiera que S. M. me hubiese encargado de ofrecerlo á la joven.

— Entonces, dijo el barón desesperado, no sé qué pensar. No comprendo una palabra, porque tú habías en enigmas. ¿ Por qué darte ese collar sino es para darlo ? ¿ Por qué encargarte de él, sino es para que lo entregues ?

Richelieu lanzó un gran grito como si viese una araña.

— ¡ Ah ! exclamó. ¡ Puf ! puf el hurón !... ¡ Fuera el animalucho !.....

— ¿ De quién hablas ?

— De tí, mi buen amigo ; de tí, mi pobrete... ¡ Tú vienes del otro mundo, mi buen barón !

— Entonces no comprendo nada.

— No, tú no comprendes nada. Querido mío, cuando un rey hace un regalo á una mujer y encarga de esta misión á Richelieu, el regalo es noble y la comisión

bien desempeñada, tenlo bien presente... Yo no entrego los cofrecitos, amiguito mío. Esa es incumbencia del señor Lebel. ¿ Has conocido al señor Lebel ?

— Entonces ¿ á quién haces ese encargo ?

— Amigo mío, respondió Richelieu dando una palmada en el hombro de Taverney y acompañando esta demostración amistosa con una sonrisa diabólica, cuando tengo que habérmelas con una virtud tan admirable como la de la señorita Andrea, soy moral cual ninguno ; cuando me acerco á una paloma, como tú dices, nada en mí huele á gavilán ; cuando me envían para que hable á una señorita, me dirijo á su padre... Yo te hablo, Taverney, y te entrego el cofrecito para que lo des á tu hija... Ahora bien, ¿ lo quieres ?

Y alargó la mano.

— ¿ Ó no lo quieres ?

Y la retiró.

— ¡ Oh ! exclamó el barón, dílo de una vez ; dí que soy yo á quien encarga S. M. que entregue ese regalo. Eso es muy legítimo y enteramente paternal, y de ese modo todo se purifica.

— Para eso era preciso que sospechases en S. M. malas intenciones, dijo Richelieu, y tú no te atreverías á eso, ¿ no es verdad ?

— ¡ Dios me libre !... Pero las gentes... es decir mi hija.....

Richelieu se encogió de hombros.

— ¿ Lo tomas sí ó no ? dijo.

Taverney alargó la mano con viveza.

— ¿ No tienes tú esto por moral ? dijo al duque con una sonrisa prima hermana de la que Richelieu acababa de dirigirle.

— ¿ No te parece, barón, dijo el mariscal que es una moralidad muy pura hacer que el padre medie, el padre que todo lo purifica, entre el encanto del monarca

y los hechizos de la hija?... Que J. J. Rousseau el ginebrino, que andaba rondando hace poco por ahí, nos juzgue; y te dirá que san José era impuro comparado conmigo.

Richelieu pronunció estas pocas palabras con una flema, una nobleza y una afectación, que impusieron silencio á las observaciones de Taverney, y le hicieron creer que debía estar convencido.

Cogió, pues, la mano de su ilustre amigo, y estrechándosela, le dijo:

— Gracias á tu delicadeza, mi hija va á poder recibir este regalo.

— Origen de esa fortuna de que te hablé al principio de nuestra fastidiosa discusión sobre la virtud.

— ¡ Gracias, querido duque! te doy las gracias con todo mi corazón.

— Oye una palabra; que este favor no llegue á oídos de los amigos de la Dubarry, porque ésta sería capaz de dejar al rey y huir.

— ¡ Y el rey no nos lo perdonaría!

— No lo sé, pero lo que es la condesa no nos lo agradecería, y yo me perdía... Guarda, pues, sigilo.

— Nada temas; pero da un millón de gracias al rey en mi nombre.

— Y de tu hija; no dejaré de hacerlo... Pero aun estás de favor... tú eres quien dará las gracias al rey esta noche, querido, porque S. M. te convida á cenar.

— ¡ Á mí?

— Á ti, Taverney; estamos como en familia S. M., tú y yo; y con eso hablaremos de la virtud de tu hija. Adiós, barón, veo á la Dubarry con mi sobrino de Aiguillón, y no hay necesidad de que nos encuentre juntos.

Dijo, y tan ligero como un paje desapareció por el otro extremo de la galería, dejando á Taverney con su cofrecito, como un niño sajón que despierta con los juguetes de Natividad que su madre le ha puesto en la mano mientras dormía.